



La fuerza desgarradora de *La guagua aérea* delata el rostro más íntimo de todos nosotros, el que nadie quiere ver en el espejo. Por su abigarrado armazón, por el controlado ejercicio descriptivo, por la obsesión de advertir las voces nuestras, por la tensión dolorosa de las imágenes, en este texto de Luis Rafael Sánchez asoma, magistralmente, uno de los poemas más hermosos y conmovedores de la literatura puertorriqueña contemporánea.

Armando Núñez Miranda  
Diálogo, Puerto Rico

editorial  cultural

guagua aérea LUIS RAFAEL SÁNCHEZ

UNITOBL

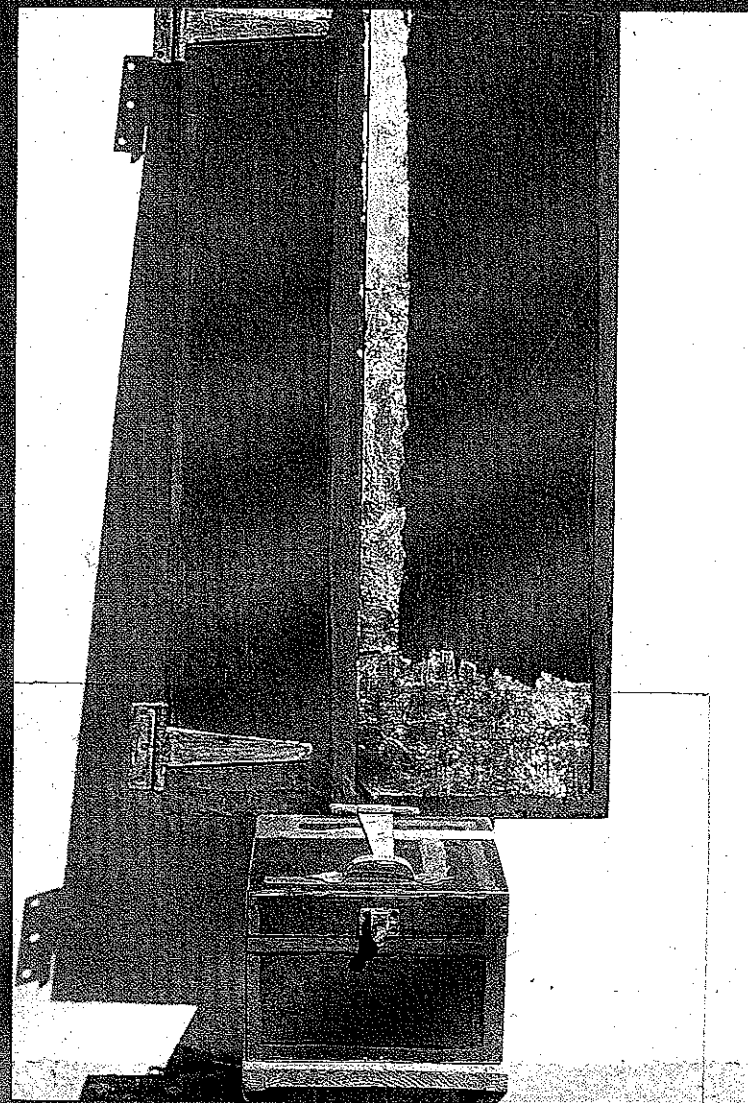
Ram Sp

VI  
J  
4205



# LUIS RAFAEL SÁNCHEZ

## La guagua aérea



editorial  cultural

# INTRODUCCIÓN

Primera edición: 1994  
Segunda edición: 1994

© Luis Rafael Sánchez  
Derechos reservados

Editor:  
Francisco M. Vázquez

Diseño y Tipografía:  
M&S Marketing Graphics

Obra portada: La puerta de los recuerdos,  
acrílico sobre madera,  
Manolo Díaz, 1993

Foto del autor: Miguel Villafañe

# Tarjeta de embarque

**D**e entre las muchas páginas que he destinado a los periódicos, a lo largo de los años, escojo unas doscientas para integrar el libro *La guagua aérea*. El libro lo centra el texto, del mismo nombre, que comenta *el viaje* de los puertorriqueños a Nueva York.

A propósito subrayo la palabra *viaje*. Quiero que implique más de lo que el diccionario autoriza-traslado de un lugar a otro, generalmente distante, por algún medio de locomoción. Quiero que implique desafío y riesgo, desperdigamiento y diáspora, paroxístico amor a la tierra dejada atrás. Pues son esos los repetidos signos del *viaje* a los Estados Unidos de Norteamérica que, temprano en el siglo, emprende el puertorriqueño.

En cuanto se desglosan los sinsabores del *viaje* se patentiza la capacidad de sobrevivencia y la fibra de ese puertorriqueño que muele vidrio con el pecho al instalarse en la *extraña nación* a que alude Noel Estrada en su oda musical—el idioma diferente, la hostilidad contra el emigrante sin recursos, los inviernos infernales, el racismo enfermizo que *pone en su sitio* a cualquier persona del pelo *malo* o *kinky* y la tez de oscura a prieta.

Inicialmente, el viaje aspira enmendar el destino del puertorriqueño que ve apagada la posibilidad de una vida, entre llevadera y digna, en el suelo natal. Inicialmente, el puertorriqueño se marcha por largo tiempo, tanto que acaba por gemir—*Mamá Borinquen me llama, Este país no es el mío*. Después, con el paso de los años, con el advenimiento de la transportación supersónica, el *viaje* se confirma como una metáfora estremecedora del ser y el existir puertorriqueños—el continuado ir y venir con que se pelea el arraigo en *la extraña nación*, Es-

tados Unidos de Norteamérica.

Pero, tanto a los viajes primeros como a los últimos, se ha llevado el mismo equipaje, pesado como una cruz: rebatirle a la pobreza, desautorizar el prejuicio, enarbolar la dignidad humana.

Sí, a consciencia, subrayo la palabra *viaje*.

El texto central, *La guagua aérea*, inspira el libro restante: otro viaje, personal en grado sumo, por mis reiteraciones artísticas, políticas, temáticas. Viaje por las miradas que mi escritura decidió transfundir en impresión, palabra, entendimiento del mundo. Viaje por entre las gavetas de mi escritorio donde se almacenan artículos publicados hace cinco, diez, quince años, junto a otros inéditos, como *Entre el lienzo y la caricia* o escasamente editados como *Rumba de salón*, que en este libro encuentran acomodo.

He creído pertinente que ese otro viaje, el de las reiteraciones autorales, lo organice una nomenclatura asociada con el turismo mercantil-viajes sin escala, paradas de inspección técnica, postales enviadas, etc. Pues, de alguna forma, en turista de mis propias obras e invenciones vengo a parar.

Me complacería que este libro, *La guagua aérea*, formulara un pasaje al lugar donde se tiene la lectura por gustosa, suficiente compañía. Me complacería que el lector *aportara* a la lectura la lucidez del viajero que sabe ver más lejos que el horizonte que le señala el guía del recorrido.

Previo a embarcar invoco la capacidad de abrirse al mundo de los puertorriqueños que viajan hacia más allá del mar, el mar que Ramón Pérez de Ayala bautizó como *sendero innumerable*. A la cotidianidad de su gesta dedico, respetuosamente, este archipiélago de voces mías.

**Luis Rafael Sánchez**

Febrero del 1994.

## PRIMERA PARTE

# Viajes sin escala

# La guagua aérea

A Carmen Puigdollers,  
por su talento para la vida.

**T**ras el grito de espanto se descuelgan, uno a uno, los silencios. La azafata empieza a retroceder. Angelical e inocente como un personaje de Horacio Quiroga, gélida blonda como fue la Kim Novak en sus días de blonda gélida, la azafata atormentaría la libidine del enamorado King Kong. Quien la agasajaría con vértigo o mareo en el *Empire State Building*.

Los rostros ansiosos de los viajeros comparten las más desorbitadas premoniciones. Los rostros se vuelven al encuentro con la mano que porta el revólver, el cuchillo, la bomba de hechura casera. Porque el grito de espanto ha de ser la irresistible delación de otro secuestrador de aviones o de un desquiciado que amenaza. Un *Padre Nuestro* pincha y revienta los silencios descolgados. La azafata continúa el retroceso. La azafata se ha mirado en el espanto y el espanto la ha marcado con la promesa del desmayo.

Pero, el secuestrador de aviones o el desquiciado amenazante no está a la vista. Contritos, mascullados, borbotean varios *Padre Nuestro* a niveles diversos de fe y oralidad. Rápido se hace la luz, sopetonazo violador de la retina, sopetonazo que alumbra los latidos cardíacos de los pasajeros. La guagua aérea se convierte en un mamut autopsiado por indiscretas fluorescencias.

El grito, las oraciones y la propagación del suspenso atraen al capitán o chófer de la guagua aérea y al ingeniero de abordó. El resto de la tripulación se alerta. Un barrunto de histeria prende y crece. La azafata está a media pulgada de la consunción por el horror. Pero, el secuestrador de aviones o el desquiciado amenazante no parece a la vista.

De pronto, una carcajada corrompe, pareadamente, el silencio y el *Padre Nuestro* que, en unos labios suplicantes, había llegado hasta la a del *Amén*. Pura en su ofensa, tan nítido el paréntesis por ella recortado que cabría pegada en una página, la carcajada contagia los cientos de viajeros de la guagua aérea que rutea todas las noches entre los aeropuertos de Puerto Rico y de Nueva York.

Carcajadas llamativas por el placer y la ferocidad que las transportan. El placer, no hay más que verlo, expresa una automática convergencia. La ferocidad, no hay más que mirarlo, trasluce inolvidables resentimientos.

El miedoso de oficio diría que el mucho bamboleo y el mucho jamaqueo, producidos por el desternillamiento general, hacen peligrar la guagua aérea esta noche. Y unos ángeles de vuelo bajo y tendencia fisgonera sacrificarían el oropel sagrado de los bucles por saber de qué demonios sería ese gentío mestizo que vuela, campechano, por sus lados. Sólo la tripulación, uniformemente gringa esta noche, parece inmune a la risa, inmune a la plaga de la risa, inmune a las burlas que merece el pavor de la azafata rubia.

Las carcajadas amenazan desnivelar la presión que sirve a la guagua aérea. Las carcajadas amenazan alterar la velocidad que desarrolla la guagua aérea. Las carcajadas amenazan descarriar y accidentar la guagua aérea. Pues a vista de todos se perfila el espanto que motivó el pavor y causó el grito.

Por el pasillo alfombrado de la guagua aérea, con caminares de hampón tofete y buscabullas, jaquetona, indiferente a los escándalos y los miedos que su presencia convoca, se desplaza una saludable pareja de jueyes. Paradójicamente, la notable salud profetiza el inminente destino —mañana serán salmorejo en *Prospect* o relleno de alcapurrias en *South Bronx* o jueyes al carapacho en *Brooklyn* o asopao en el *Lower East Side*. O acaso serán habitantes temporeros de una jueyera ubicada en las tinieblas de un *basement*; jueyera oculta a la inquisición del *Super* o del *Landlord*; jueyera escondida a las averiguaciones de la *Bosa* o del *Bos*.

Mas, esta noche, el uso de la guagua aérea como fortuita

servidumbre de paso convierte los jueyes en sujeto de comentarios ágiles y vivaces novelerías; comentarios y novelerías que precipitan la intranquilidad que, ahora, reina. Y que la expresa el verbo agitado, los cuerpos que se agachan, los cuerpos que se incorporan, los cuerpos que se desmembran en los asientos carcelarios, los cuerpos que desparrama el barullo.

La intranquilidad azuza el discurso patriótico y el contrainterrogatorio anexionista, los chistes de color a escoger y su recepción ruidosa, las guiñadas de los lanzados mujeriegos y los coqueteos de las lanzadas hombreriegas. La intranquilidad azuza la confesión a que se entregan los pasajeros de la guagua aérea —pues la autobiografía seduce a los puertorriqueños tanto como el amistar repentista y sin cuidado. La intranquilidad la engorda el recuento de las humillaciones sufridas por los puertorriqueños en el *cross town* y el *elevator*, el *fucking job* y la universidad liberal, la *junkería* del judío. Eso sí, humillaciones ripostadas con elocuencia, pundonor natural y carácter. La intranquilidad, en fin, tiende una raya, invisible pero sensible, entre el bando de los gringos y el bando de los puertorriqueños. Precisa la raya, con discutible opinión, la mulata que nutre el bebé con los caldos de una caldosa y radiante teta —*Mientras más rubias más pendejas*.

Asombrado por el desafío del Tercer Mundo a la ciencia electrónica del Primero, molesto porque el instrumental de seguridad no detectó la materia infanda, el capitán o chófer de la guagua aérea reclama la identificación del dueño o la dueña de la pareja de jueyes. El capitán o chófer de la guagua aérea reclama la identificación escudándose con unos parodiabes gestos hitlerianos. Las reclamaciones insistentes y el vigoroso gesticulario, además de las ofertas de potenciales albaceas de jueyes, las ataja el hombre cincuentón y fibroso, medio dormido y medio fastidiado, que avanza hasta las primeras filas de la guagua aérea y con llamativas habilidades manuales inmoviliza a la pareja fugitiva. A la vez la increpa, falsamente gruñón, disimuladamente complacido.

—*Los pongo a soñar de gratis con una inyección de Valium por el ojo de la contentura y con la puerca que me pagan.*

La euforia triunfa, se colectiviza. La risa descongestiona la razón de nubarrones y los bronquios de mucosidad. Alguien que revisaba los cadáveres despanzurrados que ilustran la actualidad puertorriqueña según el periódico *El Vocero* declara — *Me ahogué*. Alguien que elogiaba el *show* del Gallito de Manatí en el teatro *Jefferson* declara — *Me meé*. Un avispaado induce — *Está la noche de a galón*. Varios avispaados responden — *A ese galón me apunto yo*. Otro avispaado filosofa — *Procede el sopón de gallina*.

La guagua aérea efervesce. La guagua aérea oscila entre el tumulto y el peso de la quimera, entre el compromiso con el salir adelante y la cruz secular del *Ay bendito*. Una mujer muy dispuesta a devanear, bajo turbante floreado el secreto bien guardado de los rolos, informa que brinca mensualmente el charco y olvida el lado del charco en que vive. Una adolescente, desesperada porque a René le cambió la voz y hubo que darlo de baja de *Menudo*, oye con desinterés al adolescente desesperado porque va hacia Newark pero no sabe a qué rayos va. Una señora, de naturaleza gregaria y despachada, muestra la colcha tejida que cubrirá la cama *King Size* de su comadre Doña Luz que vive al lado de la *Marketa*. Bajo la colcha tejida un cuarteto atonal de caballeros bala la balada *En mi viejo San Juan*. Un caballero, de pose instruida y mesurada, le pregunta a la mulata de la teta caldosa y radiante si no se conocieron antes — *Tal vez en las fiestas que, en honor de la Virgen de la Monserrate, se celebran en la ciudad de Hormigueros*. La mulata de la teta caldosa y radiante replica que nunca ha estado en la ciudad de Hormigueros. El mismo caballero, de pose instruida y mesurada, le pregunta a la muchacha, aprisionada en un mameluco color calabaza, si no se conocieron antes — *Tal vez en las fiestas que, en honor de los Santos Angeles Custodios, se celebran en la ciudad de Yabucoa*. La muchacha, aprisionada en un mameluco color calabaza, replica que nunca ha estado en la ciudad de Yabucoa. Y para aclarar cuentas le informa al caballero, de pose instruida y mesurada, que ella pulula por la discoteca *Bachelor* y por la discoteca *Bocaccio* y por la discoteca *Souvenirs*. Y para disuadirlo de cualquier movida donjuanista le espeta que lo de ella es el *Gay Power*. En la cocina

de la guagua aérea un orfeón chillón majaderea a las azafatas y los sobrecargos con el estribillo — *Si no me dan de beber lloro*. Desentendiéndose de la algarabía un hombre narra el encarcelamiento de su hijo por negarse a declarar ante el *Gran Jurado Federal*. Y argumenta, serena la voz, que ser nacionalista en la isla acarrea un secreto prestigio pero que ser nacionalista en Nueva York acarrea una pública hostilidad.

Una resonante escolta de interjecciones encadena las anécdotas dramáticas y risibles, desgarradas y livianas, que formulan la resistencia a las afrentas, a los prejuicios a cara pelá, a los prejuicios disfrazados; anécdotas infinitas en las que los puertorriqueños ocupan el centro absoluto de la picardía, de la listeza, del atrevimiento, de la malicia, de la maña, del ingenio.

Anécdotas deleitosas por el inteligente montaje narrativo. Anécdotas de asuntos que enternecen. Anécdotas aliñadas con un palabron usado al punto. Anécdotas telurizadas por el estilo arroz y habichuelas. Anécdotas protagonizadas por un jíbaro que no habla dócil. Anécdotas de puertorriqueños a quienes visitaron un día, juntamente, el desempleo, la hambre y las ganas de comer. Anécdotas desgraciadas de puertorriqueños, colonizados hasta el meollo, que se disculpan por el error de ser puertorriqueños. Anécdotas felices de puertorriqueños que se enfogonan y maldicen si se duda que son puertorriqueños. Anécdotas que chispean, como centellas, en el idioma español puertorriqueño. Idioma vasto y basto, vivificantemente corrupto. Como el idioma español argentino. Como el idioma español mexicano. Como el idioma español venezolano. Como el idioma español español. Anécdotas, por millar, de boricuas que viajan, a diario, entre el eliseo desacreditado que ha pasado a ser Nueva York y el edén inhabitable que se ha vuelto Puerto Rico.

Tanto monta el anecdotario que un *siquico* predeciría, como un Walter Mercado sin templo universal ni capas de lentejuelas, como un Walter Mercado de segunda mano, que la guagua aérea no requiere gasolina esta noche pues las vibraciones positivas proveen el combustible. Y los ángeles de vuelo bajo y tendencia fisgonera sacrificarían el oropel sagrado de sus alas por saber de

qué carajo bembetea el gentío mestizo que vuela, campechano y divertido, por sus lados.

Sólo la tripulación, uniformemente gringa esta noche, parece inmune a la risa. Inmune y decidida a combatirla como a plaga. ¿La medicina? El reparto expedito de sándwiches de pavo desabrido, saquitos de maní, coca cola por un tubo y sietellaves, juegos de barajas y las súbitas mediaciones del capitán o chófer de la guagua aérea. Que intenta pacificar la bayoya puertorriqueña con unas bayoyitas gringas que ni arrancan ni desarrollan ni consiguen velocidad.

—*Ladies and gentlemen, this is the Captain speaking. Now that the dangerous kidnappers are back in their bags, now that is really sure that we are not going to be taken to an unexpected meeting with that poco simpático Señor Fidel Castro, I invite all of you to look thru the windows and catch a splash of the Milky Way. In a few minutes we will be showing, without charge tonight, a funny movie starring that funny man, Richard Pryor.*

La vecina de asiento me pregunta ¿Qué dijo ese hombre? No llego a contestar porque el vecino de la fila contigua, el que alardea de ganarse los billetes en Manhattan y gozárselos en Puerto Rico, el que aclara *Yo soy amigo de todos pero compañero de nadie*, el que especifica *Compañeros son los cojones que siempre acompañan a uno*, me toma la delantera con una lección sarcástica.

—*El Capitán quiere matarnos la nota. El Capitán quiere matarnos la nota poniéndonos a ver una película del moreno que se achicharró por andar arrebatado. El Capitán quiere matarnos la nota para que soltemos los topos. El Capitán quiere quitarnos los topos para acabar el vacilón que le montamos los puertorriqueños a treinta y un mil pies sobre el nivel del mar.*

¿Ruedan los topos sobre el tapete mayestático de la imaginación cuando el vecino de la fila contigua susurra, en dialecto orgásmico, las suposiciones más perdularias del Capitán y la azafata rubia? Ruedan y de qué manera. Por perdularias y por infames, por escabrosas en grado sumo, si las alcanzara la cámara guerrearían por poseerlas el *Penthouse* y el *Playboy*. Gracias a

Dios la vecina de asiento no las oye pues, como buena puertorriqueña, mantiene dos conversaciones simultáneas; una sobre la huelga de los locos con la señora de la fila delantera— *Dicen que amenazan con sanar* y otra sobre la ruindad del Presidente Ronald Reagan con la vecina de la fila trasera— *Dicen que ese verdugo está acabando con El Salvador.*

La cordialidad fertiliza, ahora, la guagua aérea. La cordialidad se refleja en el halago entusiasta a las flores de papel traídas de regalo a una tía que se mudó a un *proyecto* de New Jersey, en el repartir ruidoso y el ruidoso compartir que une a quienes padecen juntos y aman lo mismo— una caja de pastelillos de guayaba hechos en *La bombonera*, un saco de polvorones, una docena de piononos, una sarta de pirulíes, unas rueditas de salchichón, una pipita de ron caña curado con pasas de Corinto de la que los varones beben sin remilgos.

Quede claro que la cordialidad dicharachera y ruidosa, confianzuda y que efervesce, se consagra en la cabina económica. Apenas, por tanto, se entera del rechazo que consigue entre los puertorriqueños guarecidos en la *First-class*. Quienes racionalizan, entre sorbo y sorbo de champaña californiana, para consumo del vecino yanqui de asiento— *They are my people but*. Quienes resuellan, frente a alguna azafata de nariz razonable— *Wish they learn soon how to behave*. Quienes pronuncian un *statement* cuasi testamentario entre la lectura superficial de alguna revista ídem— *They will never make it because they are trash*.

La cordialidad se espuma, se chorrea por los cachetes de los pasajeros con las voluptuosidades del mavi a punto de helarse, cuando el cincuentón fibroso declama unas sinceras posdatas exculpatorias.

—*Si no puedo vivir en Puerto Rico, porque allí no hay vida buena para mí, me lo traigo conmigo poco a poco. En este viaje traigo cuatro jueyes de Vacía Talega. En el anterior un gallo castado. En el próximo traeré cuanto disco grabó el artista Cortijo.*

La enumeración lo colma, saborea el recuerdo de otros traslados, de otros remedios para el mal de la distancia, de otros rescates de pertenencias entrañables. Que, cuando los ve el co-



razón miope y el juicio deformado, parecen chapucería costumbrista, mediocre color local, folklore liviano. Hasta síndrome del lelolai.

Pero que, cuando se los trata con justicia, avienen a pulcras expresiones de un temperamento que, día a día, establece la diferencia y asegura la permanencia.

Temperamento cimentado en las militancias del cariño. Que se va un puertorriqueño a Nueva York y lo despiden cuatro. Que regresan dos puertorriqueños de Nueva York y lo reciben ocho. Temperamento que persigue la forma en los caudales del humor. Que el puertorriqueño ama la risa sobre todas las cosas. Y cuando quiere reír, ensordecedoramente. Temperamento que encuentra el estilo en la lágrima. Que el puertorriqueño ama el llanto sobre todas las cosas. Y cuando quiere llorar llora, cine-mexicanamente.

Risa y llanto, por cierto, indiscernibles esta noche en la guagua aérea.

Porque reputándose de ser la tángana, de hablar por los codos incluidos, el cincuentón fibroso duplica los paliques, triplica los parrafitos, multiplica los apartes. En unos se cultiva la risa. En otros se cultiva la lágrima.

Palique con un tal Cayo Díaz de Cayey que viene a abrazar los dos nietos que no ve desde septiembre. Aparte con una tal Soledad Romero que se dispara hacia Puerto Rico cuando se le enmohecen los cables del alma. Parrafito con un tal Isidoro Juncos que brincó el charco a vender unas tierritas porque el hijo se le metió en *troboly* y no quiere que la cárcel se lo dañe. Palique con una tal Laura Serrano que no puede faltar al destino figurado en Nueva York aunque el invierno la agrave. Aparte con una tal Gloria Fragoso que viene a Nueva York a impedir que se muera Vitín, el hijo moribundo. Parrafito con un tal Yacoco Calderón quien se muda al Barrio, una vez al año, *pa jartarse de ganar chavos*. Parrafito con un tal Diógenes Ballester que repite — *En Nueva York yo estoy presta*. Palique con un tal Roberto Márquez quien saluda con un fogoso — *Puertorriqueño y palante*.

A treinta y un mil pies sobre el nivel del mar los puertorri-

queños comparten las desempolvadas ilusiones. A treinta y un mil pies sobre el nivel del mar los puertorriqueños replantean la adversidad y el sosiego del país que se quedó en pueblo grandote o del pueblo que se metió a chin de país. A treinta y un mil pies sobre el nivel del mar los puertorriqueños encandilan la cháchara que recae en el *¿De dónde es usted?* A treinta y un mil pies sobre el nivel del mar los puertorriqueños vuelven al registro provinciano — *Si usted es de Aguadilla conocerá a Tata Barradas*. A treinta y un mil pies sobre el nivel del mar los puertorriqueños se enamoran de las fragancias pueblerinas — *los Acarón son de Cabo Rojo, los Abeillez son de Mayagüez, los Chapel son de Añasco, los Canino son de Dorado, los Barreras son de Morovis, los Veray son de Yauco, los Seijo son de Arecibo*.

¡Cuántos universos atraviesan los puertorriqueños cuando atraviesan la caverna celestial!

Puertorriqueños que suben a la guagua aérea si llevan en el fondo del bolsillo el pasaje abierto que asegura la vuelta inmediata porque la Vieja entró en agonía o el Viejo se murió de repente; el pasaje abierto que soluciona la hambruna de regresar a la isla que idolatran los fuegos de la memoria, *la flor cautiva* a la que canta la danza, *la isla de la palmera y la guajana* a la que recita el poema; el pasaje abierto que resuelve la urgencia de desandar monte y playa, de despilfarrar el tiempo en el vueltón por la plaza, de recuperar las amistades en un conversao de tres días, de castigarse las tripas con una jumeta de las que empiezan y no acaban, de reencontrar lo inalterado.

¡Cuántas promesas transporta la guagua aérea al elevarse sobre el charco azul a que los puertorriqueños reducen el Atlántico!

Puertorriqueños que se asfixian en Puerto Rico y respiran en Nueva York. Puertorriqueños que en Puerto Rico no dan pie con bola y en Nueva York botan la bola y promedian el bateo en cuatrocientos. Puertorriqueños a quienes desasosiega el tongoneo insular y los sosiega la cosmopolitana lucha a brazo partido. Puertorriqueños a los que duele y preocupa vivir fuera de la patria. Puertorriqueños que querrían estar allá pero que tienen que estar acá. Y se esclavizan a las explicaciones innecesarias.

- Chico, en la isla sólo funciona el beber y el vacilar.
- Chico, en Puerto Rico todo es una complicación.
- Chico, Puerto Rico se dispersa en la apoteosis verbal.
- Chico, ya yo eché mi suerte acá.
- Chico, que me entierren dondequiera pero allá.

Puertorriqueños del corazón estrujado por las interrogaciones que suscitan los adverbios *allá* y *acá*. Puertorriqueños que, de tanto ir y venir, informalizan el viaje en la guagua aérea y lo reducen a una trillita sencillona sobre el móvil océano. Que lo que importa es llegar, pronto, a Nueva York. Que lo que importa es regresar, pronto, a Puerto Rico. Que lo que importa es volver, pronto, a Nueva York. Que lo que importa es regresar, pronto, a Puerto Rico. Llegadas y regresos que concelebra el aplauso emotivo prosiguiendo al aterrizaje de la guagua aérea en la tierra prometida.

Mas, ¿cuál es la tierra prometida? ¿Aquella del *ardiente suelo*? ¿Esta de la *fría estación*?

La vecina de asiento me pregunta —¿*Qué dijo ese hombre*? Esta vez sí logro contestarle que el capitán nos manda abrochar los cinturones de seguridad porque vamos a aterrizar. Entonces, taladrándome con la mirada, viéndome por primera vez, pregunta —¿*De dónde es usted*? Le contesto — *De Puerto Rico*. Ella comenta, sospechosamente espiritista — *Eso se le ve en la cara*. Mi risa la insatisface por lo que vuelve a preguntar — *Pero, ¿de qué pueblo*? Le respondo — *De Humacao*. La complazco pues comenta con un aquel de remembranza — *Yo estuve en Humacao una vez*.

Ahora el abismo prieto lo malogran las claridades a lo lejos. Ahora la noche la corrompe una que otra lucecilla de balandra. Ahora los oídos se ataponan. Ahora un bebé ejercita los pulmones con ganas verdaderas. Ahora mi vecina de asiento me mira con la fuerza que obliga a reciprocarme la mirada.

La vecina de asiento me mira como si regañara mi repliegue súbito en el abismo, la noche, los pulmones del bebé. La vecina de asiento me recrimina, con la mirada, el olvidar que en la guagua aérea se impone el diálogo corrido y sin tapujos. La vecina de

asiento me mira para cobrar la pregunta que le debo. Como no soy hombre de deudas le pago a continuación — *¿De dónde es usted*? Unos ojos rientes y una fuga de bonitos sonrojos le administran el rostro cuando me contesta — *De Puerto Rico*. Lo que me obliga a decirle, razonablemente espiritista — *Eso lo ve hasta un ciego*. Como me insatisface la malicia inocente que le abunda el mirar, mirar de tal pureza que le hace cosquillas a mis ojos, añado, copiándole el patrón interrogador — *Pero, ¿de qué pueblo de Puerto Rico*? Con una naturalidad que asusta, equivalente la sonrisa a la más triunfal de las marchas, la vecina de asiento me contesta — *De Nueva York*.

Yo también sonrío aunque despacio. La sonrisa, poco a poco, se me hace risa en las teleras del alma. A los dominios donde ejerce la memoria, a la convocatoria de la sonrisa y la risa, se presentan mis tías enterradas en no sé cuál cementerio del Bronx y la azafata rubia con trasunto de Kim Novak, los primos de Filadelfia que reclamo como primos aunque no los conozco y el ruidoso compartir que une a quienes padecen juntos y aman lo mismo, el viaje a punto de terminar y los otros viajes que retejieron el destino de unos tres millones de hijos de Mamá Borinquen.

Yo también sonrío, de muela a muela, porque la vecina me ha contestado — *De Nueva York*. Parece, claro está, un manoseado lugar común o un traspie geográfico. Parece, sin lugar a dudas, una broma. Parece una hábil apropiación. Parece la dulce venganza del invadido que invadió al invasor.

Lugar común, traspie geográfico, broma, hábil apropiación, dulce venganza: la respuesta de mi vecina de asiento supone eso y mucho más.

Es la historia que no se aprovecha en los libros de Historia. Es el envés de la retórica que se le escapa a la política. Es el dato que ignora la estadística. Es el decir que confirma la utilidad de la poesía. Es la recompensa a la zozobra de los miles de compatriotas que vieron la isla desaparecer, para siempre, desde la borda del vapor *Coamo* y la borda del vapor *Marine Tiger*. Es la reivindicación de los miles de compatriotas que subieron, alelados y pioneros, a las catorce horas de afflictivo encierro en las anti-

guas y tembluzcas máquinas de volar de la *Pan American World Airways*. Es la reclamación legítima de un espacio, furiosamente, conquistado. ¡El espacio de una nación flotante entre dos puertos de contrabandear esperanzas!

## El cuarteto nuevayorkés

A *Sylvia y Carlos Fuentes*,  
por la gala de su amistad.

1

**L**a fotografía, además de iluminar la portada del periódico que leo, alivia los estragos de este invierno que paso en Nueva York como tantos otros puertorriqueños. ¿Cuántos? No hay manera de saberlo. Viajamos acá sin la obligación de radicar documento alguno, legalizados por la ciudadanía norteamericana que inhabilita la puertorriqueña desde el 1917. Regresamos a Puerto Rico a la menor provocación, poseídos por la certeza que estatuye el poeta —*Nada se altera en el rincón querido*. Con tanta asiduidad vamos y volvemos, tantas veces paseamos la esperanza por los estados de la Unión, que la mudanza se ha vuelto destino; un destino hecho signo en la persona del Puertorriqueño Errante. No, no hay manera de saber cuántos estamos por Nueva York, temporáneos o domiciliados. Aunque la estadística juega a un número— los alrededores del millón.

Nueva York sería la otra capital de Puerto Rico si no lo fuera de toda Hispanoamérica. En Nueva York se cimenta la capital ensoñada por Bolívar, la que aloja todas las nacionalidades de la América en español. Y la calle Catorce de Manhattan opera como el emporio donde éstas convergen o se citan.

Una cita tramitándose entre negocios, mal remunerados los más, plantados en el territorio apache de la acera los más: fruterías de atención mexicana, venta de suéteres de alpaca por ecuatorianos con azabachosa trenza, bisutería de ámbar sintético mercadeada por unas dominicanas con *look* de María Montez, colombianos mentalistas que recorren los telones del porvenir, la grande flecha de cartón que dirige hacia un sótano en cuya ventana se avisa—*Aprenda a bailar tango con un argentino autén-*